

RELIGIÓN PARA LA PAZ

José María Mardones. Madrid

Después de lo ocurrido en estos últimos meses quedan serias dudas de si la religión es un hecho humano que sirve para la paz. Parece más bien lo contrario: incentiva ideas que son una locura; legitima comportamientos inhumanos; añade un plus de resistencia y coraje que hace más peligroso el fanatismo. Y si la religión es monoteísta todavía el peligro parece acrecentarse. La intolerancia está clavada en el fondo de sus presupuestos y actitudes, aunque prediquen el amor y digan que el prójimo está en el centro de sus preocupaciones. Estamos tentados de decir que la mejor religión es la religión muerta o desaparecida. ¿Es verdad que la religión debiera desaparecer para garantizar un mundo más humano y en paz?.

Quizá el siglo XX que termina de pasar nos puede ayudar a ser un poco más críticos. Su profunda inhumanidad y barbarie fue cometida en nombre del ser humano. El humanismo ateo, pardo o rojo -por no hablar de los tremendos costes humanos del materialismo de mercado- ha costado más de cien millones de muertos. Demasiados cadáveres para las dos grandes “guerras de religión secular”, como denomina Hobsbawm a estas catástrofes europeas. No parece que el dejar de lado la religión haya traído más humanidad por sí solo, ni más paz. Han surgido “religiones” en forma de ideologías y guerras espantosas en nombre de nacionalismos, intereses y proyectos de un hombre nuevo. Tenemos que buscar la vacuna por otra parte. Incluso se descubre que la planta “religiosa” persiste y se transmuta en formas aberrantes. ¿Por qué esta persistencia? ¿Por qué este camuflaje religioso? ¿Por qué esta facilidad para tomar ropajes religiosos?

La religión, por otra parte, al menos la bíblica, está en la raíz de la compasión humana. M. Horkheimer, el fundador de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, defendía que la religión era la salvaguarda de una ética de la compasión con los vencidos y víctimas de la historia. Claro está que entendía por religión no tanto un conjunto de dogmas, cuanto la salvaguarda de un anhelo, esperanza de que haya un futuro, una justicia plena, para estos vencidos. La religión es el clamor de la compasión por el destino de los otros dolientes, excluidos y reventados. Desde ahí surge una comunión de humanidad o solidaridad en la finitud que brota de la compasión de participar de la misma condición humana, que tiende, en un anhelo esperanzado, hacia un Absoluto. Dios será la bondad que recoja este anhelo insatisfecho de las víctimas. De lo contrario, este clamor y el mismo pensamiento humano con su pugna reconciliadora, desembocarían en la inutilidad y el vacío. ¿Será así? ¿Cuál será la verdadera respuesta, la del sinsentido y la inutilidad, o la de la esperanza cumplida para las víctimas?

A estas cuestiones nada baladíes responde la religión. Por eso es una planta de hoja perenne. Por esta razón, entre otras, tiene una impenitente presencia y a menudo ofrece enérgicas, pero temibles reacciones que pueden desvariar.

Porque la historia de las religiones es -y, sin duda, esta es la parte de verdad de los críticos- una historia nada pura, salpicada de violencias. Pero cuando se observan las raíces de los problemas nos encontramos con un uso y abuso del nombre de Dios y de la sustitución de la religión por ideologías, intereses de grupo o estado, etc. Lo que da que pensar de la fragilidad y



maleabilidad de la religión y de la necesidad de una vigilancia crítica.

La religión termina apareciendo como una dimensión muy importante del ser humano, que toca aspectos y fibras muy hondas y sensibles, pero que puede ser fácilmente manipulada. De ahí que la primera condición para que la religión sea un factor de humanización y paz es la *autocrítica*: la vigilancia sobre la propia religiosidad y la misma tradición religiosa que se profesa. Una religión no formada ni ilustrada es una religión potencialmente peligrosa; una religión centrada en el culto y que olvida la centralidad del otro, la compasión, cuidado y respeto al otro es también muy frágil y manipulable. La religión puede ser una defensa contra la deshumanización, de hecho ha animado muchas resistencias contra la barbarie y ha desarrollado grandes generosidades, pero con tal de que no pierda el norte de la solidaridad con el otro sufriente ni el espíritu crítico. No toda religión es sana ni siquiera humana.

Mirando hacia este futuro que tenemos encima nos parece claro que la religión está llamada a contribuir a la paz. Para ello tiene que haber, como dice H. Küng, paz entre las religiones. Y para que haya paz entre las religiones, tiene que haber diálogo entre ellas. Y para que exista diálogo y valoración recíproca tiene que haber mutuo conocimiento. Y para que haya mutuo conocimiento debemos estimular planes y planteamientos pedagógicos que lo hagan posible. La educación no puede ser una mera máquina de producción de individuos para el mercado y la economía. Los sucesos sangrientos de estos últimos meses nos llevan a la consideración de que en Occidente debemos revisar muchas cosas en nuestras relaciones con “los otros” y también en nuestra educación.

La educación para un mundo en paz pasa por una educación sensible al factor religioso y que incorpore el conocimiento de las otras religiones, así como el propio, de un modo donde se conjuguen el respeto, la sinceridad, la tolerancia y el espíritu crítico.